

ballos no podian pasar, porque á la entrada y á la salida habia muy grandes ciénagas y raíces de árboles que si volando no, de otra manera era excusado el pensar de pasar los caballos; pues pensar de volver atrás era muy notorio perescer todos, por los malos caminos que habiamos pasado y las muchas aguas que habia; que ya teniamos por cierto que las crecientes de los rios se habian llevado las puentes que dejamos hechas; pues tornarlas á hacer era muy dificultoso, porque ya toda la gente venia muy fatigada; tambien pensábamos que habiamos comido todos los bastimentos que habia por el camino y que no hallariamos qué comer, porque llevaba yo mucha gente y caballos, que demás de los españoles venian conmigo mas de tres mil ánimas de los naturales, pues pasar adelante ya he dicho á V. M. la dificultad que habia; así que ningun seso de hombre bastaba para el remedio, si Dios, que es verdadero remedio y acorro de los afligidos y necesitados, no la pusiera.

Estando en esto hallé una canoita pequeña en que habian pasado los españoles que yo envié delante á ver el camino, y con ella hice sondar todo el ancon, y hallose en todo él cuatro brazas de hondura, y hice atar unas lanzas para ver el suelo qué tal era, y hallóse que demás de la hondura del agua habia otras dos brazas de limo y cieno; así que eran seis brazas; y tomé por postrer remedio determinarme de hacer una puente en él, y mandé luego repartir la madera por sus medidas, que eran de á nueve y diez brazas por lo que habia de salir fuera del agua, la cual encargué que cortasen y trajesen á aquellos señores de los indios que conmigo iban, á cada uno segun la gente que traia; y los españoles, y yo con ellos, comenzamos á hincar la madera con balsas y con aquella canoilla y otras dos que después se hallaron. Era tal la obra que comenzamos, que á todos pareció cosa imposible de acabar, y aun lo decian detrás de mí, diciendo que seria mejor dar la vuelta antes que la gente se fatigase, y después de hambre no pudiesen volver; porque al fin aquella obra no se habia de acabar, y forzados nos habiamos de volver. Andaba desto tanto murmullo entre la gente, que casi ya me lo osaban decir á mí en mi cara; y cómo los viese tan desmayados, y en la verdad tenian razon, por ser la obra que emprendiamos de tal calidad, que parecia cosa imposible salir con ella é estaban descorazonados é dejativos, porque ya no comian otra cosa sino raíces de yerbas,

mandéles que ellos no entendiesen en la puente, y que yo la haria con los indios; y luego llamé á todos los señores dellos, y les dije que mirasen en cuánta necesidad estabamos, y que forzado habiamos de pasar aquel ancon ó perecer; que les rogaba mucho que ellos esforzasen á sus gentes para que aquella puente se acabase, y que pasada, teniamos luego una muy gran provincia que se decia Acalan, donde habia mucha abundancia de bastimentos, y que allí reposariamos, y que demás de los bastimentos de la tierra, ya sabian ellos que habia enviado á mandar que me trujesen de los navois de los bastimentos que llevaban, y que los habian de traer allí en canoas, y que allí ternian mucha abundancia de todo; y demás desto, yo les prometí que vueltos á esta ciudad, serian de mí en nombre de V. M. muy galardonados. Ellos me prometieron que lo trabajarian *viribus et posse*, y así, comenzaron luego á repartirlo entre sí, y diéronse tan buena priesa y maña en ello, que en cuatro dias la acabaron, de tal manera que pasaron por ella todos los caballos y gente, y tardará mas de diez años que no se deshaga si á mano no la deshacen; y esto ha de ser con quemarla, que de otra manera sería dificultoso de la deshacer, porque lleva mas de mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre, y de nueve y de diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta; y certifico á V. M. que no creo habrá nadie que sepa decir en manera que se pueda entender la orden que estos señores de Tenuxtitan que conmigo llevaba y sus indios tuvieron en hacer esta puente, sino que es la cosa mas extraña que nunca se ha visto.

Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del ancon, dimos luego en una gran ciénaga, que duró bien dos<sup>1</sup> tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamás las gentes vieron; donde todos los caballos desensillados se sumian hasta las orejas, sin parecer otra cosa, y queriendo forcejar á salir, sumíanse mas, de manera que allí perdimos del todo la esperanza de poder pasar y escapar caballo ninguno; pero todavía comenzamos á trabajar, y con ponelles hazes de yerba y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen, remediábanse algo. Andando así trabajando, yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por

<sup>1</sup> En otras copias « tres ».

medio un callejon de agua y cieno en que los caballos comenzaban algo á nadar, y con esto plugo á Nuestro Señor que salieron todos sin peligrar ninguno; aunque salieron tan trabajados y fatigados, que casi no se podian tener en los piés. Dimos todos muchas gracias á Nuestro Señor por tan gran merced como nos habia hecho; y estando en esto, llegaron los españoles que yo habia enviado á Acalan, con hasta ochenta indios de los naturales de aquella provincia cargados de mantenimiento de maíz y aves, con que Dios sabe el alegría que todos hubimos, en especial que nos dijeron que toda la gente quedaba muy segura y pacífica, y con voluntad de no se ausentar.

Venian con aquellos indios de Acalan dos personas honradas, que dijeron venir de parte del señor de una provincia que se llama Apaspolon, á me decir que él habia holgado mucho con mi venida; que habia muchos dias que tenia noticia de mí por parte de mercaderes de Tabasco y Xicalango, y que holgaba de conocerme; y envióme con ellos un poco de oro; yo lo recibí con toda el alegría que pude, agradeciendo á su señor la buena voluntad que mostraba al servicio de V. M., y les di algunas cosillas, y los torné á enviar con los españoles que con ellos habian venido, muy contentos. Fueron muy admirados de ver el edificio de la puente, y fué harta parte para la seguridad que después en ellos hobo, porque segun su tierra está entre lagunas y esteros, pudiera ser que se ausentaran por ellos; mas con ver aquella obra pensaron que ninguna cosa nos era imposible.

Tambien llegó en este tiempo un mensajero de la villa de Santistéban del Puerto, que es en el rio de Pánuco, que me traia cartas de las justicias della, y con él otros cuatro ó cinco mensajeros indios que me traian cartas desta ciudad de Tenuxtitan, y de la villa Medellin y de la villa del Espíritu Santo, y hube mucho placer al saber que estaban buenos, aunque no supe del fator y veedor, Gonzalo de Salazaré Peralmindez Chirinos, á quien yo habia enviado, como arriba dije, desde la villa del Espíritu Santo para apaciguar las diferencias de entre el tesorero y contador, porque aun no eran llegados á esta ciudad. Este dia, después de partidos los indios y españoles que iban delante á Acalan, me partí yo con toda la gente tras ellos, y dormí una noche en el monte, y otro dia poco mas de mediodía llegué á las estancias y labranzas de la

provincia de Acalan, y antes de llegar al primer pueblo della, que se llama Tizatepelt, estaba una gran ciénaga, y para pasarla se rodeó mas de una gran legua; en fin se pasó, llevando los caballos del diestro con harto trabajo, y á hora de visperas llegamos á aquel primer pueblo dicho Tizatepelt, donde hallamos todos los naturales en sus casas muy reposados y seguros, y mucho bastimento, así para la gente como para los caballos; tanto, que satisfizo bien á la necesidad pasada. Aquí reposamos seis dias, y me vino á ver un mancebo de buena disposicion y bien acompañado, que dijo ser hijo del señor, y me traia cierto oro, y aves, y ofreció su persona y tierra al servicio de V. M., y dijo que su padre era ya muerto; yo mostré que me pesaba mucho de la muerte de su padre, aunque vi que no decia verdad, y le di un collar que yo tenia al cuello, de cuentas de Flándes, que estimó en mucho; y le dije que se fuese con Dios, y él estuvo dos dias allí con migo de su voluntad.

Uno de los naturales de aquel pueblo, que se dijo ser señor dél, me dijo que muy cerca de allí estaba otro pueblo que tambien era suyo, donde habia mejores aposentos y mas copia de bastimentos, porque era mayor y de mas gente; que me fuera allá á aposentar, porque estaria mas á mi placer; yo le dije que me placia, y envié luego á mandar que abriesen el camino y que se aderezasen las posadas; lo cual se hizo todo muy bien, y nos fuimos á aquel pueblo, que está deste primero cinco leguas, donde asimismo hallamos toda la gente segura y en sus casas, y desembarazada cierta parte del pueblo, donde nos aposentamos. Este es muy hermoso pueblo; llámase Teutiercas<sup>1</sup>; tiene muy hermosas mezquitas, en especial dos, donde nos aposentamos y echamos fuera los ídolos, de que ellos no mostraron mucha pena, porque ya yo les habia hablado y dado á entender el yerro en que estaban, y cómo no habia mas de un solo Dios criador de todas las cosas, y todo lo demás que cerca desto se les pudo decir, aunque después al señor principal y á todos juntos les hablé mas largo. Supe dellos que una destas dos casas ó mezquitas, que era la mas principal dellas, estaba dedicada á una diosa en que ellos tenian mucha fe y esperanza, y que á esta no le sacrificaban sino doncellas vírgenes y muy hermosas, y que si no eran tales, se irritaba mucho con ellos,

<sup>1</sup> Hallase tambien escrito Tentacras, y Teutiercar.

y que por esto tenían siempre muy especial cuidado de las buscar tales, que ella se satisficiera, y las criaban desde niñas las que hallaban de buen gesto ar pa este efecto. Ceca de esta crueldad é maldad en que el demonio los tenia enredados y engañados, les dije tambien lo que me pareció que convenia; de que pareció que quedaban algo satisfechos.

El señor desde pueblo se mostró muy mi amigo, y tuvo conmigo mucha conversacion, y me dió muy larga cuenta y relacion de los españoles que yo iba á buscar y del camino que habia de llevar, y me dijo en muy gran secreto, rogándome que nadie supiese que él me habia avisado, que Apaspolon, señor de toda aquella provincia, era vivo, y habia mandado decir que era muerto, y que era verdad que aquel que me habia venido á ver era su hijo, y que él mandaba que me desviasen del camino derecho que habia de llevar, porque no viese la tierra y los pueblos della, y que me avisaba dello porque me tenia buena voluntad y habia recibido de mí buenas obras; pero que me rogaba que desto se tuviese mucho secreto, porque si se sabia que él me habia avisado, le mandaria matar Apaspolon y quemaria toda su tierra. Yo se lo agradecí mucho, y pagué su buena voluntad dándole algunas cosillas, y le prometí el secreto, como él me lo rogaba, y aun le prometí que el tiempo andando seria de mí, en nombre de V. M., muy gratificado. Luego hice llamar al hijo del señor que me habia venido á ver, y le dije que me maravillaba mucho dél y de su padre haberse querido negar, sabiendo la buena voluntad que traia yo de le ver y hacer mucha honra y darle de lo que yo tenia, porque yo habia recibido en su tierra buenas obras, y deseaba mucho pagárselas; que yo sabia cierto que era vivo; que le rogaba mucho que le fuese á llamar y trabajase con él que me viniese á ver, porque creyese cierto que en ellos ganaria mucho. El hijo me dijo que era verdad que era vivo, y que si él me lo habia negado, era porque su padre se lo mandó así, y que él iria y trabajaria mucho de lo traer, y que creia que venia, porque tenia ya gana de verme, pues conoseia que no venia á hacerles daño, antes les daba de lo que tenia, y que por haberse negado tenia alguna verguenza de parecer ante mí. Yo le rogué que fuese y trabajase mucho de lo traer, y así lo hizo; que otro dia vinieron ambos y yo los rescibí con mucho placer, y él me dió en descargo de haberse

negado, que era de temor hasta saber mi voluntad, y que ya que la sabia, él deseaba mucho verme, y que era verdad que él mandó que me guiasen por fuera de los pueblos; pero que agora que conocia mi intencion, que me rogaba que me fuese al pueblo principal donde él residia, porque allí habia mas aparejo de darme las cosas necesarias; y luego mandó abrir un camino muy ancho para allá, y él se quedó conmigo, y otro dia nos partimos, y le mandé dar un caballo de los míos, y fué muy contento cabalgando en él hasta que llegamos al pueblo que se llama Izancanac<sup>1</sup>, el cual es muy grande y de muchas mezquitas, y está en la ribera de un gran estero que atraviesa hasta el puerto de Términos de Xicalango y Tabasco. Alguna de la gente deste pueblo estaba ausentada, y algunos estaban en sus casas: tuvimos allí mucha copia de bastimentos, y el señor se estuvo conmigo dentro del aposento, aunque tenia su casa ahí cerca y poblada. Todo el tiempo que yo allí estuve dióme muy larga cuenta de los españoles que iba á buscar, y hizome una figura en un paño del camino que habia de llevar. y dióme cierto oro y mujeres, sin le yo ninguna cosa pedir, porque hasta hoy ninguna cosa he pedido á los señores destas partes si ellos no me lo quisieron dar. Habiamos de pasar aquel estero, y antes dél estaba una gran ciénaga, y el dicho señor Apaspolon hizo hacer en ella una puente, y para este estero nos dió mucho aparejo de canoas, todo el que fué menester, y dióme además guias para el camino, y dióme una canoa y guias para que llevasen al español que me habia traído las cartas de la villa de Santistéban del Puerto, y á los otros indios de Méjico á las provincias de Xicalango y Tabasco, y con este español torné á escrebir á las villas y á los tenientes que dejé en esta ciudad, y á los navíos que estaban en Tabasco y á los españoles que habian de venir con los bastimentos, diciendo á todos lo que habian de hacer; y despachado todo esto, le dí al señor ciertas cosillas á que el se aficionó; y quedando muy contento, y toda la gente de su tierra muy segura, me partí de aquella provincia de Acalan el primer domingo de Cuaresma del año de 25, y a queste dia no se hizo mas jornada de pasar aquel estero, que no se hizo poco. Dile á este señor una nota, porque él me lo rogó, para que si por allí viniesen españoles supie-

<sup>1</sup> La copia de Viena « Cancanar ».

sen que yo habia pasado por allí, y que él quedaba por mi amigo.

Aquí en esta provincia acaeció un caso que es bien que V. M. lo sepa, y es que un ciudadano honrado desta ciudad de Tenuxtitan, que se llamaba Mexicalcingo, y después que es bautizado se llama Cristóbal, vino á mí muy secretamente una noche y me trujo cierta figura en un papel de lo de su tierra; y queriéndome dar á entender lo que significaba, me dijo que Guateumucin, señor que fué desta ciudad de Tenuxtitan, á quien yo después que la gané he tenido preso, teniéndole por hombre bullicioso, y le llevé conmigo aquel camino con todos los demás señores que me pareció que eran parte para la inseguridad y revuelta destas partes, é dijome aquel Cristóbal que aquel Guateumucin, é Guanacaxín <sup>1</sup>, señor que fué de Tezcuco, y Tetepanqueçal, señor que fué de Tacuba, y un Tacatelz <sup>2</sup>, que á la sazón era en esta ciudad de Méjico en la parte de Tatelulco, habian hablado muchas veces y dado cuenta dello á este Mexicalcingo, que, como dije, se llama agora Cristóbal, diciendo cómo estaban desposeidos de sus tierras y señorío, y las mandaban los españoles, y que seria bien que buscasen algun remedio para que ellos las tornasen á señorear y poseer; y que hablando en ello muchas veces en este camino, les habia parecido que era buen remedio tener manera como me matasen á mí y á los que conmigo iban, y que después, muertos nosotros, irian apellidando la gente de aquellas partes hasta matar á Cristóbal de Olid y la gente que con él estaba, y enviar sus mensajeros á esta ciudad de Tenuxtitan para que matasen todos los españoles que en ella habian quedado, porque les parecia que lo podian hacer muy ligeramente, siendo así que todos los que quedaban aquí eran de los que habian venido nuevamente, y que no sabian las cosas de la guerra, y que acabados ellos de hacer lo que pensaban, irian apellidando y juntando consigo toda la tierra por todas las villas y lugares donde hubiese españoles, hasta los matar y acabar á todos, y que hecho esto, porñian en todos los puertos de la mar recias guarniciones de gente para que ningun navío que viniese se les escapase, de manera que no pudiese volver nueva á Castilla, y que así serian señores como antes lo eran; y que tenian ya hecho repartimiento de las tierras

<sup>1</sup> En otras copias Guanacincen.

<sup>2</sup> Hallase tambien escrito este nombre : Tacatele y Tacitecle.

entre sí, y que á este Mexicalcingo, Cristóbal, que desto me avisaba, le hacian señor de cierta provincia.

Pues cómo yo fuí tan largamente informado por aquel Cristóbal de la traicion que contra mí é contra los españoles estaba urdida, dí muchas gracias á Nuestro Señor por haberme la así revelado, y luego en amaneciendo prendí á todos aquellos señores, y los puse apartados el uno de otro, y les fuí á preguntar cómo pasaba el negocio, y á los unos decia que los otros me lo habian dicho, porque no sabian unos de otros; así que hubieron de confesar que era verdad que Guateumucin y Tetepanqueçal habian movido aquella cosa, y que los otros era verdad que lo habian oido, pero que nunca habian consentido en ello; y desta manera fueron ahorcados estos dos, y á los otros solté, porque no parecia que tenian mas culpa de habelles oido, aunque aquella bastaba para merecer la muerte; pero quedaron procesos abiertos para que cada vez que se vuelvan á ver puedan ser castigados; aunque creo que ellos quedan de tal manera espantados, porque nunca han sabido de quien lo supe, que no creo se tornarán á revolver, porque creen que lo supe por alguna arte, y así piensan que ninguna cosa se me puede esconder; porque, como han visto que para acertar aquel camino muchas veces sacaba una carta de marear y una aguja, en especial cuando se acertó el camino de Çagoatezpan, han dicho á muchos españoles, que por allí lo saqué, y aun á mí me han dicho algunos dellos, queriéndome hacer cierto que tienen buena voluntad, que para que conozca sus buenas intenciones, que me rogaban mucho que mirase el espejo y la carta, y que allí veria cómo ellos me tenían buena voluntad, pues por allí sabia todas las otras cosas: yo tambien les hice entender que así era la verdad é que en aquella aguja é carta de marear via yo é sabia é se me descubrian todas las cosas.

Esta provincia de Acalan es muy gran cosa, porque hay en ella muchos pueblos y de mucha gente, y muchos dellos vieron los españoles de mi compañía, y es muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel; hay en ella muchos mercaderes y gentes que tratan en muchas partes, y son ricos de esclavos y de las cosas que se tratan en la tierra; está toda cercada de esteros, y todos ellos salen á la bahía ó puerto que llaman de Términos, por donde en canoas tienen gran contratacion en Xicalango y Tabasco, y aun

créese, aunque no está sabida del todo la verdad, que atraviesan por allí á estotra mar; de manera que aquella tierra que llaman Yucatan queda hecha isla. Yo trabajaré de saber el secreto de esto, y haré dello á V. M. verdadera relacion. Segun supe, no hay en ella otro señor principal sino el que es el mas caudaloso mercader y que tiene mas trato de sus navíos por la mar, que es este Apaspolon, que arriba he nombrado á V. M. por señor principal; y es la causa ser muy rico y de mucho trato de mercadería, que hasta en el pueblo de Nito, de que adelante diré, donde hallé ciertos españoles de la compañía de Gil Gonzalez de Avila, tenia un barrio poblado de sus fatores, y con ellos un hermano suyo, que trataba sus mercaderías. Las que mas por aquellas partes se tratan entre ellos son cacao, ropa de algodón, colores para teñir, otra cierta manera de tinta con que se tiñen ellos los cuerpos para se defender del calor y del frio, tea para alumbrarse, resina de pino para los sahumerios de sus ídolos, esclavos, é ciertas cuentas coloradas de caracoles, que tienen en mucho para el ornato de sus personas. En sus fiestas y placeres tratan algun oro, aunque todo mezclado con cobre y otras mezclas.

A este Apaspolon y á muchas personas honradas de la provincia que me venian á ver, les dije lo que á todos los otros del camino les habia dicho acerca de sus ídolos, y lo que debian creer y hacer para salvarse, y tambien lo que eran obligados al servicio de V. M.; de lo uno y de lo otro pareció que recibieron contentamiento, y quemaron muchos de sus ídolos en mi presencia, y dijeron que de allí adelante no los honrarian mas, y prometieron que siempre serian obedientes á cualquier cosa que en nombre de V. M. fuese mandado; y así me despedí dellos, y me partí, como arriba he dicho.

Tres dias antes que saliese desta provincia de Acalan envié cuatro españoles con dos guias que me dió el señor della, para que fuesen á ver el camino que habia de llevar á la provincia de Maçatlan<sup>1</sup>, que en su lengua dellos se llama Quiacho<sup>2</sup>, porque me dijeron habia mucho despoblado, y que habia de dormir cuatro dias en los montes antes que llegase á la dicha provincia, é

<sup>1</sup> Hallase tambien escrito este nombre Mazutlan, Macatlan y aun Matsclán.

<sup>2</sup> En otras copias Quiniacho, y Quiatleo.

enviélos para que viesen el camino, y mirasen si habia en él rios ó ciénagas que pasar; y mandé á toda la gente se apercibiese de bastimentos para seis dias, porque no nos acaesciese otra necesidad como la pasada; los cuales se bastecieron muy cumplidamente, porque de todo tenian harta copia, y á cinco leguas andadas después de la pasada del estero, topé los españoles que venian de ver el camino con las guias que habian llevado, y me dijeron que habian hallado muy buen camino, aunque cerrado de monte, pero que era llano, sin rio ni ciénaga que nos estorbare, y que habian llegado sin ser sentidos hasta unas labranzas de la dicha provincia, donde habian visto alguna gente y desde allí se habian vuelto sin ser vistos ni sentidos. Holgué mucho de aquella nueva, y de allí adelante mandé que fuesen seis peones sueltos con algunos indios de nuestro amigos, una legua delante de los que iban abriendo el camino, para que, si algun caminante topasen, le asiesen, de manera que pudiésemos llegar á la provincia sin ser sentidos, porque tomásemos la gente antes que se ausentase, ó quemasen los pueblos, como lo habian hecho los de atrás, y aquel dia, cerca de una laguna de agua<sup>1</sup>, hallaron dos indios naturales de la provincia de Acalan, que venian de la de Maçatlan, segun dijeron, de rescatar sal por ropa, y en algo pareció ser así verdad, porque venian cargados de ropa; y trajéronlos ante mí, y yo les pregunté si de mi ida tenian noticia los de aquella provincia, y dijeron que no, antes estaban muy seguros. Yo les dije que se habian de volver conmigo, y que no recibiesen pena dello, porque ninguna cosa de lo que traian se les perderia; antes yo les daria mas, y que en llegando á la provincia de Maçatlan yo les daria licencia para que se volviesen, porque yo era muy amigo de todos los de Acalan<sup>2</sup>, porque del señor y de todos ellos habia recebido buenas obras. Ellos mostraron buena voluntad de lo hacer, y así, volvieron guiándonos, y aun nos llevaron por otro camino, y no por el que los españoles que yo envié primero habian ido abriendo; que aquel iba á dar á los pueblos, y el otro iba á ciertas labranzas; y aquel dia dormimos asimesmo en el monte, y otro dia los españoles que iban por cor-

<sup>1</sup> La copia de Viena « una legua del agua ».

<sup>2</sup> El nombre de esta provincia se halla escrito de diversas maneras: Acula y Acala.